

6/03/2018

QUIEN NO VIVE PARA SERVIR, NO SIRVE PARA VIVIR (Parte 1) Juan 15:1-7

Encontré este testimonio que me gustó mucho y que ilustra lo que hoy y la semana que entra quiero enseñar.

Cuando yo era capellán del ejército atendí a un soldado moribundo, al cual yo conocía, y le pregunté si quería enviar a su madre algún mensaje conmigo. Me contestó: "Sí. Por favor dígame que muero con toda felicidad". Le pregunté otra vez si quería algo más, y me dijo: "Sí. Escriba usted, por favor, a mi maestra de la Escuela Dominical y dígame que muero con toda felicidad, dígame que muero como cristiano, fiel a Cristo; y que nunca olvidé las buenas enseñanzas que ella me dio". Yo conocía a esa maestra; y le escribí. Pocas semanas después me contestó: "...¡Que Dios me perdone! ¡Que Dios me perdone! Pues hace un mes renuncié a mi cargo de maestra de Escuela Dominical, porque yo pensaba que mi trabajo con esos niños no servía ni valía para nada... e impulsada por mi cobarde corazón, y por falta de fe, abandoné a mis alumnos... y ahora recibo la carta de usted en la que me dice que mi enseñanza fue un medio para ganar un alma para Cristo...

¡Estoy decidida a trabajar otra vez en el nombre de Cristo, y le seré fiel hasta el fin de mi vida!"

Hay un dicho que dice: "Quien no sirve, no sirve". No hay satisfacción más grande para un creyente en Cristo que servir a su Señor y Salvador; muchos no lo saben porque no se han dado la oportunidad de experimentarlo. Quienes sirven en la iglesia saben que no existe privilegio ni honra más grande que servir a Cristo. Se sirve a Cristo sirviendo a la iglesia, es decir, sirviendo a los hermanos, con los dones y talentos que el Espíritu Santo derramó en cada creyente; y se sirve a Cristo cumpliendo la Gran Comisión de hacer discípulos de todas las gentes. No existe en todo el Nuevo Testamento la idea de un cristiano independiente que diga servir a Cristo si no es a través de estas dos formas: sirviendo en la iglesia y cumpliendo el llamado de Evangelizar y hacer discípulos.

El Apóstol San Pablo escribe: "*Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís*" (Col. 3:23-24). Por ser para Dios entonces el servicio tiene que ser con amor, con convencimiento y con excelencia, buscando que sea aceptable y eficiente.

A cambio, Dios recompensa nuestro servicio tanto en la eternidad como en esta vida. El Señor Jesús le dijo al Apóstol San Pedro: “... De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de Mí y del Evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna” (Mc. 10:29-30). No hay mejor pagador que el Señor.

En nuestro relato de hoy, el Señor Jesús acababa de celebrar la Pascua con sus discípulos en lo que conocemos como la Santa Cena, en unas pocas horas más sería apresado, juzgado y sentenciado a la pena de muerte en la Cruz; están en el Aposento Alto. Por supuesto que el Señor sabe lo que le espera y lejos de intentar huir sabe que está por concluir la misión que le encomendó el Padre y por la que vino a la tierra. Así que está dando las últimas instrucciones a sus discípulos para que continúen la obra que Él comenzó de llevar el Evangelio de las Buenas Nuevas de Salvación. Nuestro relato comienza cuando salieron de ese lugar (Jn. 14:31) y se dirigieron hacia el huerto de Getsemaní.

“Yo Soy la vid verdadera, y Mi Padre es el labrador” (v.1).

La vid es el símbolo de Israel; Dios compara constantemente a Israel con una viña. Cuando salieron del Aposento Alto en algún lugar seguramente el Señor Jesús vio un viñedo; tal vez en la entrada del Templo, tal vez en el camino al huerto, o tal vez cerca del huerto. Como siempre, Él aprovecha cualquier cosa, cualquier circunstancia para enseñar algo. El Señor Jesús se compara con la vid verdadera porque, a diferencia de Israel, que no había dado el fruto que Dios esperaba, al contrario, dio fruto amargo (Is. 5:1-7), el Señor Jesús sí da buen fruto. Por eso dice que Él es la vid verdadera, y dice que su Padre es el labrador. El labrador es quien cultiva la tierra y cosecha el fruto de lo sembrado. El labrador tiene cuidado de la siembra para que dé fruto, ese es su trabajo. Así nosotros debemos ponernos en manos del Padre para que nos cuide, nos proteja, nos pade, es decir, nos corte lo que no sirve, para que podamos dar fruto.

“Todo pámpano que en Mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto” (v.2).

El Señor es la vid y los creyentes somos los pámpanos (v.5). Entonces, aquí nos dice que hay dos clases de creyentes: los que dan fruto y los que no lo dan. El fruto se refleja en los cambios que el Señor ha

hecho en nuestras vidas, cambios de actitud, de pensamiento y de comportamiento (Lc. 3:8-14); y se refleja también en las buenas obras (Tit. 3:14), es decir, en el servicio. Pablo les dijo a los creyentes en Éfeso que ellos habían sido creados en Cristo Jesús para buenas obras (servicio); obras que Dios ya había preparado de antemano (Ef. 2:10). Dar fruto no es exclusivo de los pastores y los líderes de los ministerios en las iglesias; dar fruto es responsabilidad de todos y cada uno de los creyentes sin excepción. El fruto no solamente refleja a Cristo en nuestras vidas, sino que nos hace semejantes a Él. Pero, ¿qué es lo que hace que unos den fruto y otros no?

Antes de responder a eso permítame resaltar algo: dice el Señor que el pámpano que no da fruto el labrador lo quitará. Esto puede generar un pensamiento muy perturbador si no se sabe interpretar bien lo que dice el Señor. Si el Señor está utilizando la figura de un viñedo, tenemos que entender cómo se trabajan los viñedos para saber qué es lo que quiere decir el Señor Jesús y aplicarlo a nuestras vidas.

Algunos piensan que se refiere a que si no se da evidencia de la fe, porque no se da fruto, entonces la persona perderá la salvación. Pero, ¿será que a esto se refiere el Señor? En primer lugar, Él no está hablando de la salvación sino de dar fruto. Además, el Señor dice que ese pámpano está en Él y eso lo cambia todo; todo creyente está en Cristo y por eso tiene vida, pero por alguna razón algunos no dan fruto. Es decir, ese pámpano o rama, que somos nosotros, forma parte de la planta, que es el Señor Jesús, está en Él pero no da fruto. Pero sí está en Él. Así que no tiene nada que ver con la salvación.

¿Qué hace el labrador cuando una rama no está dando fruto? El verbo que se traduce como *quitar*, también puede ser traducido como *tomar* (Mt. 14:12), *levantar* (Mt. 9:6) o *sostener* (Mt. 4:6). En otras palabras, *quitar*, en griego, nunca se traduce como *cortar*. Si el pámpano no está dando fruto, por la razón que sea, entonces el labrador lo toma o lo levanta. Un labrador toma o levanta el pámpano que no da fruto para exponerlo más al sol y a la lluvia, colocándolo en un mejor lugar para que empiece a producir fruto.

Para el pámpano que ya está produciendo, también hay atención por parte del labrador; lo que hace es limpiarlo y podarlo para que produzca más fruto. Así mismo, todo creyente en Cristo tiene que ser fructífero.

Ya vosotros estáis limpios por la Palabra que os he hablado. Permaneced en Mí, y Yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en Mí” (vv.3-4).

Ahora sí, ¿qué es lo que hace que algunos den fruto y otros no? La relación con Cristo. Entre más profunda es nuestra relación con Cristo, más fruto daremos. El Padre, que es el labrador o el agricultor, nos da todos los medios para dar fruto, pero nuestra relación con Cristo hace que produzcamos fruto. Ya estamos limpios por la Palabra de Dios que nos santifica (Jn. 17:17); el salmista dice: “¿Con qué limpiará el joven su camino? Con guardar Tu palabra” (Sal. 119:9). Más adelante dice: “En mi corazón he guardado Tus dichos, para no pecar contra Ti” (Sal. 119:11). Ya estamos limpios, ahora sólo nos toca permanecer en Él para producir fruto; si un pámpano se separa del tronco inevitablemente se seca (v.6). De igual manera, nadie produce fruto por sí mismo; es necesaria la relación con Cristo para lograrlo. ¿Ve por qué es necesario nutrirnos cada día de la Palabra de Dios? La Palabra nos aleja del pecado o el pecado nos alejará de la Palabra.

Entonces, ¿qué hace el Señor con aquellos que no producen fruto?, ¿pierden su salvación?, ¿los arroja al infierno en castigo? Ya vimos que la palabra quitar se puede traducir como tomar, levantar o sostener; nunca se traduce como cortar. Y también dije que para entender lo que quiso decir el Señor, tenemos que tomar el ejemplo de una viña y el labrador de esa viña. Hace años leí del testimonio de un labrador de uvas que hablaba de las largas horas que pasaba caminando por los viñedos, cuidando las uvas, viendo cómo se desarrollan las uvas y esperando el día perfecto para la vendimia o cosecha. El labrador decía así: “los pámpanos nuevos tienen una tendencia natural a arrastrarse y crecer por el suelo. Pero allí abajo no dan fruto. Cuando crecen por el suelo, las hojas se cubren de polvo. Al llover, se llenan de lodo y de moho. Así, el pámpano se enferma y se vuelve inservible”.

“Entonces, ¿qué hace usted, los corta y los desecha?” - preguntó el que entrevistaba al labrador.

“¡No, no!” – exclamó el labrador-. “El pámpano es demasiado valioso para hacer eso. Recorremos la viña con una cubeta de agua, en busca de esos pámpanos. Los levantamos y los lavamos. Después los atamos o los enredamos en el enrejado. Muy pronto comienzan a prosperar”.

Interesante testimonio e interesante descripción que nos ayuda a entender estos versículos. Cuando caemos al suelo y no damos fruto, Dios

no nos desecha ni nos abandona, somos demasiado valiosos para Él, le costamos muy caro, nada más y nada menos que la Sangre de su Hijo. Lo que Él hace es que nos toma del suelo llenos de lodo con sus manos, nos levanta, nos limpia y nos ayuda a prosperar de nuevo para dar fruto.

Conclusión.

El pámpano cubierto de lodo es como el cristiano que ha caído en pecado; no necesariamente un pecado inmoral, pero ha caído en pecado de la pereza y la conformidad, ha caído en la indiferencia de servir al Señor y vivir para Él. Dios es Santo y por supuesto que eso no le agrada para nada, pero tampoco nos desecha por eso. Somos demasiado valiosos para Él, por algo nos buscó tanto hasta que nos rendimos a Él. ¿Tanto trabajo para desecharnos porque fallamos?, ¿tanto invertir en nosotros para darnos por pérdida?, ¿entonces Dios se equivocó con nosotros al llamarnos porque no estamos rindiendo lo que Él esperaba? Por supuesto que no. ¿Entonces podemos seguir así abusando de su gracia? Por supuesto que no. El Apóstol Pablo escribió: “...mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Ro. 5:20). Más adelante él mismo pregunta: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Ro. 6:1-2). La frase “de ninguna manera”, en griego, es la composición de dos adverbios de negación juntos; uno más fuerte que el otro. Es como decir “no, y súperarchirecontra no”. La gracia de Dios no es un permiso para pecar y créame que, cuando caemos en el pecado, el Señor toma acción (Heb. 10:31). Pero el pecado es una realidad en la vida que si no se lucha contra él, nos alejará de Dios. Dios no quiere eso para nosotros; somos propiedad suya.

También es una realidad que no todos los creyentes dan fruto, así como no todos los creyentes son discípulos. Pero el Señor Jesús nos ha puesto para que demos fruto, y fruto en abundancia (v.16), así como nos ha llamado para ser sus discípulos y para hacer discípulos a otros. No es una opción, es un mandato del Señor; algo que se tiene que obedecer. Así que cuando un creyente no está dando fruto está en desobediencia y el Señor va a intervenir, va a poner disciplina en ese creyente; ¿se acuerda del Profeta Jonás? A Dios nadie le cancela nada.

Es fácil vivir una vida cristiana cómoda sin compromisos con el Señor y con su Iglesia. Es bien fácil vivir una vida esperando que Dios nos llene de bendiciones cada día sin nosotros hacer nada para Él. Aún muchas

veces nuestras oraciones están cargadas de peticiones solamente, y mayormente peticiones que responden a necesidades físicas y materiales, ni siquiera espirituales; muchas veces nuestras oraciones no son una plática con el Señor en donde hablamos y escuchamos, así como Él nos escucha y habla. Así es que, aprendamos también esto: el Señor no nos ha puesto para hacer nuestros sueños realidad como enseñan algunos; estamos aquí para hacer realidad el sueño de Dios de dar fruto, así como el Padre nos ha elegido para hacer realidad su sueño de que seamos semejantes a su Hijo. Pablo le dijo a los Romanos: *“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos”* (Ro. 8:29). Por su parte, Juan escribe: *“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es”* (1Jn. 3:2). Dios Padre e Hijo quieren hacer su sueño realidad en nosotros; y Dios Espíritu Santo nos puede ayudar a lograrlo.

Él nos ha puesto no solo para que demos fruto, sino para que demos mucho fruto, fruto en abundancia (vv.5,8), y para que seamos constantes en la producción de fruto (v.16). Un pastor hizo una investigación en el mundo entero y llegó a la conclusión de que cerca de la mitad de los cristianos dan muy poco fruto o ninguno; una tercera parte dan algún fruto y solamente alrededor del 5% dan mucho fruto. ¿En qué categoría se ubica usted?

Recuerde, el fruto se refleja no solo en los cambios que experimenta nuestra vida cuando estamos en Cristo, el fruto se refleja en la manera en que vemos y servimos a Cristo, porque el cristiano está llamado para servir a ejemplo del Maestro. Y quien no vive para servir, entonces no sirve para vivir y cuando esto último pasa, el Señor va a intervenir, no quitándonos la salvación, no desechándonos y no dejándonos de amar, sino podando nuestras vidas y limpiándonos de todo aquello que estorba para que podamos dar fruto. Él nos levantará y nos sostendrá en sus manos de amor porque somos valiosos para Él y nos ama con amor eterno (Jer. 31:3). Amén... Vamos a orar...